

ÓSCAR RIVERA-RODAS

# La Revolución en el pensamiento de Picón Salas

*¡Qué contemporánea resulta esta historia  
de los pueblos débiles y pequeños en busca de su libertad  
y las grandes naciones tratando de limitársela y  
condicionarla!*

MARIANO PICÓN SALAS, 1952

*Martí, el primer  
gran escritor de Hispano-América que define la nueva  
voluntad*

*que impondrá a la Historia la idea socialista*

MARIANO PICÓN SALAS, 1955

*[...] tan soñada Revolución formaba parte  
de un inconcluso capítulo de la Independencia nacional  
que no terminó cuando Bolívar y Sucre dieron en el Perú  
las últimas batallas contra los españoles*

MARIANO PICÓN SALAS, 1959

**E**n vísperas del advenimiento de la Revolución Cubana, concretamente en los años de 1957 y 1958, Mariano Picón Salas (Venezuela, 1901-1965) escribía su antepenúltimo libro: *Regreso de tres mundos. Un hombre en su generación*, que apareció en México en 1959; esto es, hace cincuenta años, los mismos de la Revolución. Uno de los ensayos está dedicado a la mayor expectativa y esperanza de los países latinoamericanos, a cuya realización se han entregado en arduas y sangrientas luchas a través de siglos, y que en los años finales de la década de 1950, para el pensador venezolano, seguía siendo una promesa para el futuro. Esa expectativa y esperanza era la Revolución.

De honda reflexión vital, por su carácter autobiográfico, aunque no limitado solo a una historia individual y subjetiva de su autor, ese libro es realmente una exploración meditativa en la Historia y la cultura de la región hispanoamericana a partir del tiempo que le tocó vivir a su autor: la primera mitad del siglo xx. Picón Salas bordeaba los sesenta años, muchos de sus compañeros de generación habían desaparecido bajo la fuerza de lo que llamaba «torpe muerte segadora» y comprendía que «la paradoja humana consiste en que cuando pretendemos haber aprendido más y estaríamos aptos para desarrollar el aprendizaje, nos estamos acercando a ese desaprender y olvidar que es el morir».<sup>1</sup> En esas circunstancias, con la imagen de la muerte en las cercanías, repasa los momentos más importantes de su existencia dentro del acontecer histórico y cultural de Hispanoamérica. Intentaba dejar un testimonio que compendiaría el pensamiento que había desarrollado en su vida intelectual. «Cuando ese extraño demonio de intranquilidad que visita a los escritores empezó a dictarme este libro tuve dos peligrosas ilusiones: la de presentar un testimonio desnudamente sincero y la de que mi experiencia sirviera de alerta y enseñanza a los otros»,<sup>2</sup> escribía.

### Cuando la Revolución era palabra

Para Picón Salas, la Revolución es una categoría de la Historia del continente latinoamericano que permitirá completar el capítulo de la Independencia iniciada en largas meditaciones de finales del siglo xviii; es, en consecuencia también, idea propia e irrenunciable en el pensamiento latinoamericano cuya realización todavía se espera. En sus escritos resalta como uno de los temas que más le afligieron y al que dedicó el octavo ensayo de su libro de 1959. En su exposición titulada «La palabra Revolución», se percibe un profundo desencanto por la historia de fracasos de la Revolución en la

América Latina, cuando para Cuba dejaba de ser una esperanza porque ya era una realidad. Según la fecha registrada al final del ensayo inicial, el libro fue escrito en «Caracas-Río de Janeiro: 1957-1958».<sup>3</sup> Eran los últimos años de la primera etapa de la Revolución Cubana, la de la acción armada; después vendrían las transformaciones políticas, económicas y sociales. Eran también los últimos años de la dictadura de Fulgencio Batista quien todavía ordenaba a sus fuerzas militares mercenarias descargar sus armas, por aire y tierra, sobre la Sierra Maestra. La reflexión de Picón Salas en esos momentos de su agitada vida internacional podría parecer para nuestro tiempo, cincuenta años después, una paradoja; pero era un reclamo urgente para la Historia latinoamericana. Por lo contrario, frente a esa necesidad, entonces como ahora, no haber logrado la revolución era la mayor paradoja de la Historia de los países latinoamericanos. No puede sorprender que el pensador venezolano iniciara su reflexión sobre el tema mencionándolo solo como palabra, mero signo y referente lingüístico, como lo es todavía para la mayor parte de los países de la región, o un mito respecto al que perduran las esperanzas. Iniciaba su ensayo frente a ese signo: «La palabra Revolución tuvo vibrante vigencia explosiva en los años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial. Y tanto las gentes de izquierda como las de derecha invocaron míticamente ese vocablo que les permitiría forjar de nuevo el mundo a su imagen y semejanza».<sup>4</sup> Pero aunque acaso la palabra Revolución se diluía en el pasado, entre el desencanto y la frustración de haberla buscado y perseguido a lo largo de los siglos latinoamericanos, lo evidente para Picón Salas era que «[e]l capitalismo se estaba destru-

1 Picón Salas: *Regreso de tres mundos. Un hombre en su generación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 9.

2 *Ibíd.*, p. 10.

3 *Ibíd.*, p. 17. Picón Salas había llegado en junio de 1958 a Río de Janeiro como embajador en Brasil de la Junta Provisional del Gobierno de Venezuela, tras el derrocamiento de la dictadura militar de Marcos Pérez Jiménez, en enero del mismo año, contra la cual había firmado, junto a otros intelectuales y encabezándolos, un manifiesto dirigido a la opinión pública. Al año siguiente, cuando aparece su libro, se traslada a París como embajador permanente de Venezuela ante la Unesco, designado por el presidente Rómulo Betancourt.

4 *Ibíd.*, p. 98.

yendo de sus propias contradicciones y podía compararse al barco zozobrando arrasado de un oleaje furioso. La marejada ha subido hasta el timón; paraliza las máquinas, desata el incendio y los pilotos solo buscan en el océano la roca donde encallar». <sup>5</sup> Esta visión le hacía aferrarse aún a expectativas de su pasado y de su juventud. El texto de Picón Salas hace ver que la Revolución es un hecho político-social inevitable porque tiene sus raíces en un estado histórico de necesidad anímica e intelectual del ser latinoamericano, un estado de necesidad colectiva que se realizará a partir de un advenimiento primero; y no deja de ser un relato del conflicto que implicaba la meditación sobre tema tan importante, en un momento en que la cultura hispanoamericana atravesaba por un período sin referencia histórica por su carácter cosmopolita. Enfrentarse a esa experiencia vital en la carencia de historicidad y reflexionar sobre ella era un conflicto de conciencia. Para él –como para los mejores escritores de su generación– reconocer ese conflicto, y enfrentarlo, fue también superarlo.

### Siervos coloniales de grandes potencias

Profundo desencanto social e intelectual manifestaba el casi sexagenario pensador venezolano hace cincuenta años. Brillante historiador de la cultura regional, no desconocía los males sociales de los pueblos, males que solo podían ser resueltos por una auténtica acción revolucionaria. Desde ese presente de desencanto volvía la reflexión a los años de su juventud y al recuerdo de los anhelos de reformas sociales de su generación para los pueblos del Continente:

Traduciendo mi sentimiento juvenil de aquellos días, «Revolución» se llamaba lo que transformaría progresivamente los males de la sociedad. Que hubiera menos miseria; que la máquina –ya no monopolizada por el capitalismo– aliviara la pesada carga de agobiante trabajo manual que aún pesa sobre las masas proletarias; que no hubiera gentes sin nutri-

ción, vivienda y vestido, y no sólo las minorías adineradas o subvencionadas tuvieran derecho a la educación y la cultura. <sup>6</sup>

En plena mitad del siglo xx, y ante la renovada explotación que habían desatado los países poderosos y sus consorcios capitalistas en las naciones del mundo, Picón Salas reconocía que reflexionar sobre la Revolución era reconocer el inconcluso capítulo de la Independencia iniciada en el siglo xix. En nuestro mundo latinoamericano, escribía en *Regreso de tres mundos...*,

servilmente atado a las grandes potencias que imponen al mundo sus sistemas de economía y estilo de vida, tan soñada Revolución formaba parte de un inconcluso capítulo de la Independencia nacional que no terminó cuando Bolívar y Sucre dieron en el Perú las últimas batallas contra los españoles. [103]

No obstante del estado de frustración y desaliento que expresaba Picón Salas, y que no era solo un sentimiento individual o personal, sino colectivo, como lo señaló desde el inicio de su reflexión, la Revolución en la América Latina era cada vez más una imperiosa necesidad, porque sus pueblos reclamaban justicia social, y la Historia otra imperiosa necesidad: concluir la Independencia que no se alcanzaría sin cambios revolucionarios. El estado de frustración moral de los pueblos tenía una larga historia que corría pareja con los fracasos de la no lograda Revolución, que no era solo un ideal o solo una palabra, sino una realidad inevitable. El pensamiento de Picón Salas sigue un permanente recorrido dialéctico entre la historia pasada de los pueblos de la región en su búsqueda de la Independencia y su logro efectivo e imperioso en el presente. Desde la instancia de ese presente de finales de la década de 1950 interrogaba sobre la condición degradada de los pueblos latinoamericanos sin comprender por qué, en semejante condición, no se realizaban las acciones prácticas para superarlas:

5 *Ibíd.*, p. 98.

6 *Ibíd.*, p. 103.

Pero ¿no trabajamos todavía como siervos coloniales para las grandes potencias y los consorcios; no les entregamos todas nuestras materias primas para que ellos las transformen, manufacturen y vendan; no pagamos a precio de usura las líneas de ferrocarril y los empréstitos que nos concedieron?<sup>7</sup>

El «inconcluso capítulo» de la Independencia de las naciones de la región revelaba la carencia de responsabilidad moral e intelectual, con la que se trataba de desconocer la explotación, el despojo y el ultraje de estos países por los capitalismo de naciones poderosas. Esa falta de responsabilidad moral no era solo incumbencia de hombres y mujeres de los países expoliados, sino también de hombres y mujeres de las mismas potencias expoliadoras. Desconocer que la riqueza de estas procedía precisamente de sus operaciones degradantes en aquellas era –y es– carencia de responsabilidad moral. Para el latinoamericano, además, esa irresponsabilidad moral en semejantes condiciones estaba mostrando no reconocerse siervo colonial de grandes potencias y consorcios. De ahí que insistía en tener una visión histórica de América, gracias a la cual se revelaría la «conciencia de lo que somos». Así lo escribió en un artículo de febrero de 1953, después de participar en un Coloquio sobre Historia de América, en La Habana, en enero del mismo año, organizado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y bajo la dirección del historiador mexicano Silvio Zavala. Afirmaba que era necesidad primordial lograr «una visión histórica que contemple los sucesos desde la propia América, y no haciendo de esta porción del mundo un simple y tardío apéndice de la Cultura europea»;<sup>8</sup> la historia de América permitiría descubrir «los signos comunes» de los países de la región «para entender el pasado y definir las circunstancias y presiones en que vivimos y no para flotar en la borrasca de los hechos confusos; historia para esclarecer la conciencia de lo que somos».<sup>9</sup>

7 *Ibíd.*, p. 103.

8 Picón Salas: *Crisis, cambio y tradición; ensayo sobre la forma de nuestra cultura*, Caracas-Madrid, Edime, 1955, p. 93.

9 *Ibíd.*, pp. 95-96.

El reconocimiento de la realidad y la Historia propias permitiría a los hispanoamericanos cambios sociales con los cuales se completaría el capítulo inconcluso de la Independencia. La Historia común se remontaba a las invasiones europeas del siglo xvi. Historia común del pasado colonial que aclarara la condición presente, en plena mitad del siglo xx, para proyectar un futuro de superación y desarrollo. De ahí que en sus reflexiones y los recuerdos, escritos en vísperas de 1959, afirmaba:

Aquel capitalismo erigido sobre pirámides de universal miseria ¿no apoyaba dictaduras y regímenes de fuerza en casi toda la América Latina para que las masas no pidieran más alfabeto, más salario o más comida? Como tosco mayoral dotado con los millones de cada regalía e instrumentos de suplicio para atemorizar a su pueblo, un Juan Vicente Gómez cuidaba en Venezuela los pozos de petróleo, así como los dictadores de Centroamérica vigilaban las plantaciones de bananos. ¿Qué íbamos a hacer los intelectuales ante la explotación y despojo que padecían nuestros pueblos? Casi llegábamos a admirar a tantos bandidos de la Revolución Mexicana, héroes de la «balacera», al estilo de Pancho Villa, asaltando los trenes donde escapaban los expoliadores, «afusilándolos», sin darles tiempo a encomendarse a la Virgen de Guadalupe.<sup>10</sup>

La reflexión sobre estas condiciones históricas, políticas y sociales debía ser condición insoslayable para el estudio y el pensar. Ni la literatura ni la filosofía debían estar reñidas con la sociología y la política, precisamente porque todo intelectual se debe a su realidad e historia, y su pensamiento no debía realizarse en la intemporalidad o universalidad, sino frente a su propia identidad e historicidad. La realidad inmediata de explotación y despojo, en su reclamo urgente de cambio, hacía contingente toda otra realidad natural o sobrenatural o metafísica confinada en la intemporalidad y la

10 Picón Salas: *Ob. cit.* (en n. 1), p. 104.

abstracción. La realidad concreta hacía también contingentes los proyectos privados y demandaba la atención a proyectos sociales de cambio; más aún, ofrecía problemas que resolver como el sufrimiento cotidiano de los pueblos bajo explotación y despojo. Esa realidad, con toda su fuerza empírica, era un estado mental de anhelos y deseos que reclamaban cambios, Revolución.

Nos parecía nuestro deber –contra esa fuga de la historia que practicaron otras generaciones como la de los modernistas– esclarecer la situación histórica y prepararnos para los cambios ineludibles que traería el tiempo. Junto a nuestros libros universitarios de letras y filosofía, colocamos algunos de política y ciencia económica.<sup>11</sup>

## Imperialismo, capitalismo y corrupción

La reflexión que el mismo Picón Salas experimentó ante la «conciencia de lo que somos» le permitió denunciar, ya en sus años juveniles, que «aquel capitalismo erigido sobre pirámides de universal miseria» se establecía y fortalecía mediante la organización y financiamiento de dictaduras y regímenes de fuerza en la América Latina que evitaban que los pueblos no alcanzaran el alfabeto, el salario justo, la salud, la alimentación adecuada y el bienestar general; «aquel capitalismo erigido sobre pirámides de universal miseria» entorpecía el desarrollo de los cambios sociales que solo la Revolución podía realizar, porque el crecimiento del capitalismo en el tráfico del mundo se podía medir también por el crecimiento de la corrupción que urdía en los países que pugnaban por completar su Independencia e iniciar su desarrollo.

Ya en 1931, en un opúsculo titulado *Hispano-América, posición crítica*, denunciaba lo que llamaba «el carácter de nuestra época (tráfico mundial, capitalismo, imperialismo)»<sup>12</sup> ante el cual sucumbía con fre-

cuencia la escasa moral de los caudillos como Juan Vicente Gómez, en Venezuela, y Porfirio Díaz, en México. Desafortunadamente, el intelectual bajo estos regímenes representaba «lo que esos letrados chinos que seguían a Gengis Khan con la única misión de iluminar manuscritos. El intelectual es el amanuense, el hombre que encuentra la retorcida perífrasis o la expresión ampulosa para velar o estilizar la torva voluntad del jefe».<sup>13</sup> El caudillo pasaba de la condición de mando que había conseguido mediante el atropello, en el interior del país, a la condición servil de los sistemas capitalistas e imperialistas en el tráfico mundial; y no solo se caracterizaba por su ideología simple y sus ideas escuetas, también por su doble función política: «El papel que este ejerce en el interior es diametralmente opuesto al que cumple en relación con lo exterior, por ejemplo con el imperialismo norteamericano»; y explicaba:

La bárbara energía que despliega en sus relaciones con los nacionales se torna por contraste en ciega sumisión cuando entra en contacto con la fuerza externa más poderosa. Sabe que sólo ese halago a los intereses del imperialismo puede sostenerlo, y el jefe de horda se transforma así en dócil administrador de la penetración imperialista. Hay de parte a parte –Caudillo e Imperialismo– un tácito contrato bilateral de muy claro contenido. Así la fuerza de Gómez en Venezuela no serían ya tan sólo las masas rurales en que se afirmara, sino su docilidad ante la presión del capitalismo extranjero.<sup>14</sup>

En esa dualidad interna y externa, los caudillos eran «jeques o jefes de horda primitivos» cuyo reverso era un oficio servil y dócil al capitalismo. Por otra parte, además de esa conducta doble y contradictoria del caudillo ante su pueblo y el imperialismo, se debía denunciar junto al servilismo en un lado, el ejercicio de la

11 *Ibíd.*, p. 104.

12 Originalmente fue una conferencia pronunciada en noviembre de 1930, en la Universidad de Concepción, Chile. Publicado después en *Hispano-América, posición crítica. Literatura y actitud americana; sentido americano del disparate y*

*sitio de una generación*, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1931, p. 8.

13 *Ibíd.*, p. 8.

14 *Ibíd.*, p. 9.

corrupción capitalista en el otro lado. La historia del capitalismo ha demostrado que la producción de capital para provecho propio se ha apoyado también en la producción de corrupción. Los alambiques del laboratorio moral del capitalismo destilan la corrupción y la filtran en utilidad y provecho, también en beneficio propio.

En semejantes condiciones de abatimiento moral y de corrupción procedente de las grandes potencias era difícil esperar en el interior de las naciones débiles un ambiente cultural genuino, o un nivel elevado de pensamiento. Más aún cuando el intelectual era solo un amanuense del caudillo. La figura de este excedía a la nación, y la historia nacional, distorsionada, se sometía a la del caudillo. El joven escritor señalaba en 1931 esa relación de los caudillos y la historia:

La historia nacional se pone en función de ellos y es como el prólogo que los aclara o el escenario donde destacan. Tanto Gómez como Díaz han disfrutado en sus países de una Sociología *ad usum delphini*, Sociología que del caos de nuestra vida americana puede tomar los hechos, deformarlos y servirlos a beneficio del caudillo.<sup>15</sup>

Entre esas deformaciones, el joven denunciaba, la superposición de los pequeños grupos en el poder a los de la realidad económica de las naciones, dando lugar a

una burguesía de estructura nueva que no llegó al grado burgués por evolución interna o desarrollo natural, sino por circunstancias providenciales: amistad con el caudillo, juego de intereses externos como los del imperialismo, que volcándose en un medio de economía natural improvisaron antes de que se realizara el tránsito de la agricultura a la industria, una riqueza mágica, brotada del suelo, como la del petróleo.<sup>16</sup>

Así, la organización de los pueblos hispanoamericanos que trataban de salir del caos y comenzar su desarrollo se

complicaba, se enredaba y dificultaba aún en las primeras décadas del siglo xx, debido a las fuerzas corruptoras extranjeras que, al depravar a los caudillos, buscaban silenciar y detener los procesos de cambio que esperaban los pueblos. El joven venezolano escribía:

Enriquecimiento desapoderado de unos pocos (los palaciegos que utilizó como agentes el Imperialismo) y empobrecimiento de otros (la vieja gente nativa que mantuvo la tradición agraria de la tierra), es el panorama económico que ya se observa en dichos países. Huelga decir la dificultad de una conciencia para levantarse con su verdad, en medios como esos donde la estructura aún bárbara de la organización social se complica con las fuerzas, corruptoras, silenciadoras, del Imperialismo.<sup>17</sup>

La busca de una conciencia de moral revolucionaria, dispuesta a levantarse contra esa realidad social injusta, desigual y vergonzosa, fue constante en el pensamiento de Picón Salas. En diciembre de 1933 escribía el «Prólogo y digresiones sobre América» para su libro de 1935, que reunía un conjunto de textos orientados por esa necesidad y a los que denominó «Ensayos en busca de una conciencia histórica». Enfocado sobre las relaciones de la América Latina y Estados Unidos exhortaba, especialmente a los jóvenes de su generación en el Continente, a alcanzar «el ulterior destino que nos acerca», tras la última fase de un proceso, aunque distante todavía en esos momentos, por el que se superaría la fuerza corruptora y silenciadora del imperialismo. Ese proceso se realizaría en fases y a través de una concepción dialéctica de la Historia:

Primero debemos unir en una voluntad nacional los miembros dispersos de un mismo grupo (tesis); oponernos a las fuerzas que la obstaculicen (antítesis), y podremos convivir con ellas cuando cada grupo actúe en pie de igualdad dentro de una común y más vasta proyección universal (síntesis). Lati-

15 *Ibíd.*, p. 9.

16 *Ídem.*

17 *Ibíd.*, p. 9.

noamericanismo, Antiperialismo, Americanismo Integral son las obligadas etapas de esta concepción dialéctica de nuestra Historia.<sup>18</sup>

En 1950 volvía a reflexionar sobre las relaciones desavenidas de la América hispánica y la América anglosajona y recordaba los años del surgimiento del imperialismo estadounidense y su afán de dominio mediante nuevas modalidades de violencia y colonización: «Como todos los imperialismos, el norteamericano había nacido en el turbio légamo de negocios, de intereses comerciales sin escrúpulo, de aventura autónoma que conocieron los Estados Unidos entre 1870 y 1900».<sup>19</sup> Señalaba cómo desde sus inicios ese nuevo imperialismo acudía a recursos de doble intención como la primera Conferencia Panamericana. Ciertamente, aprobada por el Congreso estadounidense y sancionada el 24 de mayo de 1888 por el Presidente de ese país, el primer punto de interés de esa conferencia sería «conservar la paz y fomentar la prosperidad de los diversos Estados americanos». No obstante, desde que se redactó esa escritura, los Estados Unidos han sido el país que ha cometido las mayores agresiones contra los territorios y la paz de los países americanos. Picón Salas reconoce el gesto corrupto de los delegados de este país en esa primera reunión a través de las crónicas de José Martí:

Aun la primera Conferencia Panamericana de 1889 que tuvo un admirable cronista e historiador en José Martí, no logró ocultar bastante qué asalto y ofensiva de financieros ansiosos de dominar nuevos mercados, de desalojar a Europa en el comercio de Sur América; qué tratos y seguridades para abrir el canal interoceánico quería el capitalismo de los Estados

Unidos a la sombra meliflua de los tratados y discursos diplomáticos.<sup>20</sup>

Así comenzaba también la difícil convivencia de la América Latina con un vecino poderoso y desleal afanado en acrecentar su conducta imperialista.

De ahí que en vísperas de 1959, Picón Salas escribiera con añoranza y desencanto:

Era hermoso pensar que hasta en nuestras tierras adormecidas de la América Latina el mundo iba a cambiarse, y en los puestos de mayor sacrificio se necesitaban los jóvenes. Que se liquidaría un pasado de convenciones y mentiras para imponer la verdad. Quedaba algo de proclama, de pólvora para las futuras batallas, de propaganda subconsciente, en nuestras reflexiones de entonces.<sup>21</sup>

La Revolución no realizada, como larga frustración, no se debía a falta de talentos que la realizaran. Porque los hubo, con preparación y planes respecto a lo que se debía hacer con la agricultura, los recursos naturales, la economía a fin de conseguir los cambios sociales. Pero acaso con demasiado optimismo y menos sentido práctico como para prever las trampas de las naciones poderosas, o de la propia naturaleza humana. Su testimonio lo señala:

Conocí en esos años juveniles gentes que se prepararon tanto para el día de triunfo o de apocalipsis, que anticiparon todos los esquemas, todos los cálculos, todos los planes, a fin de que la nueva sociedad saliera de sus manos como un vestido bien hecho. No había dudas para su fe; no esperaban que les pusiese una trampa la cambiante naturaleza humana, y decidían de antemano qué iba a hacerse con las tierras, las minas y los bancos: cómo orientarían la cultura y asegurarían por milenios la prosperidad y concordia de las multitudes. Cualquier argumento

18 Picón Salas: «Hispano América: posición crítica», *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago de Chile, Ercilla, 1935, p. 11.

19 Picón Salas: «Américas desavenidas», *Cuadernos Americanos* 4/50, julio-agosto de 1950. Cito de *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*, Caracas, Ediciones de la Librería Cruz del Sur, 1952, p. 84.

20 *Ibíd.*, p. 84.

21 Picón Salas: *Ob. cit.* (en n. 1), pp. 104-105.

en contra lo recibían como escrúpulo de intelectual pusilánime, de hombre que todavía no se templaba en el yunque ardoroso de la Revolución.<sup>22</sup>

La reflexión de Picón Salas emergía en un tiempo de crisis mundial; de la experiencia del joven que en su pasado había visto el desplome de la civilización europea durante las dos guerras del siglo xx provocadas por la barbarie de sus imperios; y la experiencia actual del hombre maduro que contemplaba otra catástrofe: el derrumbe de los valores morales. «Cuando ya parecía universal la democracia, en viejas naciones europeas se imponía el totalitarismo leviatánico. En comarca de filósofos y músicos como Alemania, los verdugos ascendieron a jefes de Estado».<sup>23</sup> Los antiguos imperios europeos ya no podían esconder su condición mercenaria. Recuerda cómo, en ese tiempo, «se abusó desconsideradamente de la palabra “Revolución”; cuando en ella se escondía el afán de violencia e ilegalidad de los endemoniados; cuando aun el retroceso histórico que impusieron muchas tiranías osó llamarse “revolucionario”».<sup>24</sup> En Italia, *il duce* Mussolini hablaba también de «revolución». Y los nazis llamaron revolucionario su terror.

Los «revolucionarios» fascistas y nazis ya ni siquiera necesitaban estudiar el materialismo histórico [agrega], sino creer en el duce o el führer. ¿Qué importaba en Italia que un pensador como Croce estuviera esclareciendo los mitos de nuestra edad histórica y tratando de moderar con filosofía la obcecación de los fanáticos?<sup>25</sup>

El poder político «perdía todo fundamento moral y se trocaba en estrategia para inquirirlo y conservarlo».<sup>26</sup> La crisis de sentido y de racionalidad que desató el conflicto bélico provocado por el espíritu mercenario de los

imperios europeos alteró también el proceso histórico de los pueblos del mundo.

Contra el optimismo de nuestra ilusión revolucionaria, ¡cuánta sangre y oprobio, diáspora cruel y retorno a estadios más bárbaros, en el civilizadísimo siglo xx! ¡Qué anacrónicos se habían hecho en pocos años, libros que leímos en nuestra adolescencia y pintaban la civilización como coloquio de gentes benévolas, finamente irónicas, corteses y tolerantes [...]!<sup>27</sup>

### Cosmopolitismo y visión abstracta

Los mejores escritores y artistas de la generación de Picón Salas, latinoamericanos nacidos en el inicio del siglo xx y en una cultura inmersa en un cosmopolitismo confuso y alejado de la propia realidad e Historia, no podían evitar una reflexión conflictiva porque carecían, precisamente, de lo que solo la Revolución puede dar: el sentido de historicidad e identidad. Herederos de una tradición cultural cosmopolita, surgida en las dos décadas finales del siglo xix como un proceso inicial de descolonización de la tradición española, de clausura y murallas, y de un pasado inaceptable porque no era otro que el sistema ignominioso impuesto por los imperialismos europeos en el siglo xvi, los más brillantes escritores hispanoamericanos finiseculares habían caído en un nuevo colonialismo voluntario al practicar variadas formas de imitación europea a las que por error consideraban cosmopolitas y universales, aunque ciertamente excedían los estrechos límites de la literatura parroquial española. Ante ese nuevo colonialismo cultural, la generación de Picón Salas no podía tener otra meditación que no fuese conflictiva, porque ese neocolonialismo cosmopolita y falsamente universal carecía de sentido en la historia propia de los pueblos hispanoamericanos. De ahí que los más lúcidos intelectuales de ese momento se dieron a la tarea de resolver dicho conflicto abriendo caminos propios para el pensamiento regional. No era solo materia de la literatura y del arte, era problema de conciencia, de la

27 *Ibíd.*, pp. 105-106.

22 *Ibíd.*, p. 105.

23 *Ibíd.*, p. 106.

24 *Ibíd.*, p. 110.

25 *Ibíd.*, p. 108.

26 *Ibíd.*, p. 109.



razón y del pensar que, sin embargo, tampoco debía seguir el camino de una filosofía especulativa, intemporal y universal, ontológica y metafísica, a la europea, pues la conciencia del hispanoamericano debía iniciar su reflexión de frente a su propia Historia.

Mi choque con los sectarios fanáticos, los gélidos hombres de partido a quienes solía encontrar en cafés y reuniones nocturnas ofreciendo las teorías del último folleto, procedía de amor a la justicia y de la casi imposible pureza que asociaba a la palabra «Revolución». Mis estudios universitarios de Filosofía estaban impregnados de moral kantiana.<sup>28</sup>

Aquellas teorías de los últimos folletos sectarios, así como la propia moral kantiana del joven escritor, estaban delatando ese ambiente de confuso europeísmo y cosmopolitismo de la cultura hispanoamericana.

Cabe destacar que la experiencia lectora del joven escritor había descubierto en el modernismo, con la excepción única de José Martí, una absoluta falta de responsabilidad moral por su carencia de sentido histórico y por la omisión de la realidad de los propios países de la región en las obras de aquel período, aunque su calidad literaria de extremado esteticismo y cosmopolitismo era indudable, por lo cual Picón Salas no dejó de reconocer el lugar de importancia que llegaron a ocupar en la historiografía de la literatura hispanoamericana y en la lengua castellana con un estilo único y propio. Ese descubrimiento lo realizó en sus años todavía de adolescencia. En 1930, cuando todavía no había cumplido treinta años, publicó un artículo en el que expresaba claramente su opinión sobre los escritores que le precedían:

Al cosmopolitismo y la visión abstracta de nuestros escritores de hace veinticinco o treinta años, sucede hoy una visión concreta de la realidad americana. Antes nuestros escritores llegaban a lo americano de vuelta de lo europeo; partían del viejo mundo para justificar el nuevo, y España para los conservadores y puristas del tipo que fue frecuente en Co-

lombia, y Francia para los radicales en Política y modernistas en Literatura, fueron arquetipos en que quisieron moldear su América.<sup>29</sup>

Las generaciones cosmopolitas que le precedieron, si bien intentaron renunciar a la tradición estrictamente española y colonial, habían asumido el camino del escape a otros países. No se puede desconocer que estos escritores realizaban sus proyectos privados gracias a su poderosa imaginación. Los más se habían instalado real o imaginariamente en metrópolis de Occidente, mientras otros pocos prefirieron el Oriente. Definían así, en la pluralidad de sus anhelos estéticos, su identidad cosmopolita. Pero su origen no eran aquellas metrópolis, sino América. Además, por factores políticos y culturales compartían un origen en una sola Historia común. Cualquier proyecto privado debía estar en relación con el proyecto colectivo de la Independencia, en el que lo individual no podía prescindir de lo social, del que emergía la verdadera identidad colectiva, sin desconocer las identidades nacionales que también son colectivas. De este modo, los proyectos privados estaban determinados ya por el proyecto social. La propia identidad latinoamericana, al emerger de su Historia, debía ser producto de un cambio social, la Revolución, como proyecto colectivo. Los escritores modernistas, aunque renovadores de expresión y temas, no lograron asumir la responsabilidad moral de tomar en cuenta la realidad de sus propios países y de la región en su conjunto. De ahí que en el mismo año de 1930, Picón Salas había escrito:

Cada época, cada generación viene a realizar sus propios problemas, a buscar en el mundo intereses nuevos, y cuando no lo hace y se contenta con seguir bordando en el telar de la tradición, podemos hablar de estancamiento y decadencia. De aquí la importancia de la posición revolucionaria; todo gran

28 *Ibíd.*, p. 102.

29 «Literatura y actitud americana», *Hispano-América, posición crítica*, p. 25. El artículo fue escrito a propósito del libro de Luis Alberto Sánchez (Perú, 1900-1994), *Don Manuel* (1930), una biografía sobre Manuel González Prada (Perú, 1844-1918).

pensador, todo gran artista, en cierto sentido, *es*, necesita *ser* un revolucionario.<sup>30</sup>

En el caso paradójico de los cosmopolitas a quienes se refería el joven venezolano, si bien habían abandonado el «telar de la tradición española» en busca de novedad, estaban acogidos en telares y tradiciones de otros países europeos, modernos y antiguos. Ese giro, que habían realizado para evitar el estancamiento en las letras de la España conservadora, les hizo caer en la copia o réplica de modalidades europeas. Renovadores de estilo y temas en lengua castellana, no fueron escritores y artistas revolucionarios, inspiradores de cambios reales. El joven Picón Salas alentaba superar esa conducta que replicaba modalidades de una Europa a la que no pertenecían, aunque por efecto del expansionismo imperialista desatado en el siglo xvi los pueblos latinoamericanos, así como de otras regiones del mundo, hubiesen sido sometidos a la cultura de los europeos. Salir a buscar modelos foráneos para imitarlos o replicarlos, abandonando la realidad propia de sus pueblos, implicaba irresponsabilidad moral. Ni espíritu revolucionario ni responsabilidad mostraban las visiones abstractas de los cosmopolitas. En 1930 señalaba además el contraste entre la debilidad de esa literatura y el vigoroso arte de los muralistas mexicanos:

Junto a esta exaltación de americanidad que se echa a andar, por ejemplo, en las firmes espaldas de un Diego Rivera, creador de mitos, forjador de una nueva fantasía revolucionaria, continúan bordoneando como insectos que se quemarán a la llama, los propulsores de un arte sin realidad criolla que comen el alpiste manido de unas fórmulas de capilla europea, sin asidero en nosotros.<sup>31</sup>

El abandono de las capillas europeas y los despliegues de exhibición cosmopolita permitirían a los artistas y escritores hispanoamericanos el reencuentro con

su propia realidad y con su historia. Era necesario asumir la condición radical de seres humanos que habían sido sometidos a la explotación colonial por las invasiones y los asaltos de los imperialismos europeos desde el siglo xvi, e integrarse en una lucha revolucionaria común de descolonización y reencuentro con la propia identidad. El joven venezolano escribía:

En la concatenación con el pasado que necesitan las naciones para continuar su ritmo histórico y que se llama la tradición, ahora nos interesan los hombres que ya intuyeran ese destino que dormía en sus pueblos, y contra el europeísmo y el elegante desarraigo de otras generaciones, irguieran –como una fuerza revolucionaria– su voluntad de «criolledad».<sup>32</sup>

La verdadera tradición de estos escritores y artistas se encerraba en la propia Historia de sus pueblos que supieron conciliar razas y culturas en condiciones de opresión. De ahí que en los años de su madurez, y escritos publicados en 1959, recordando los años de aquella juventud, reiteraba serenamente: «Ya no bastaría mirarnos en el espejo de una Europa hermosa y arquetípica para huir de nuestra propia congoja –como los estetas del modernismo– porque tan limpio cristal de la civilización también estaba foscamente empañado».<sup>33</sup> Europa no representaba el modelo que ella misma construyó e impuso en América durante su ocupación imperialista, carente de toda ética que creía tener como efecto de sus dogmas, creencias y prejuicios, carencia con la que después alentó sus propias disputas internas, las guerras más bárbaras y los actos más destructivos contra la humanidad en pleno siglo xx. Esa Europa no podía ser modelo de civilización, ni de cultura. De esa Europa carente de moral «los problemas y la zozobra humana brotaban ahora como cráteres abiertos por los obuses, en lo que antes parecía encantado jardín».<sup>34</sup>

32 *Ibíd.*, p. 27.

33 Picón Salas: *Ob. cit.* (en n. 1), pp. 38-39.

34 *Ibíd.*, p. 39.

30 *Ibíd.*, pp. 23-24; el énfasis es suyo.

31 *Ibíd.*, p. 24.

La recuperación de la propia historicidad latinoamericana en el siglo xx tampoco era tarea fácil por la complejidad de pensamiento y convulsión emocional que conllevaba el reencuentro con el destino histórico, en una realidad dependiente y deformada por los intereses de países poderosos. La conciencia latinoamericana debía, por sí misma, descolonizarse; reconocer que su condición de dependencia no solo es humillante mientras se observa el bienestar de las naciones que originaron el colonialismo y la explotación; reconocer también que poseía anhelos, deseos y creencias, estados mentales con los que podía impulsar y orientar el cambio de esa condición. La tarea de escritores y artistas debía armonizar la belleza con la justicia, el ideal con la realidad, la moral con la política, el pensamiento con la práctica social. Tal es el conflicto que Picón Salas señala en vísperas de 1959 como dilema moral del intelectual latinoamericano: concertar el proyecto privado con el proyecto social:

Entre la angustia de conciliar la belleza con la justicia, entre una áspera e interminable expedición a la Utopía, entre nuevos desengaños y tensiones, iba a trazarse nuestro derrotero. Y cambios en la moral y en la política; convulsión de valores, sistemas que no acaban de fijarse, nuevas marejadas de imprevisible crueldad y creciente nostalgia del hombre que cada día sabe menos lo que espera. Fatiga, aventura, prueba constante de inseguridad, ¿no ha sido el signo de nuestra generación? ¿Qué vive ahora de lo que aún parecía sólido en 1918? ¿A qué filosofía o a qué fe podemos encomendarnos?<sup>35</sup>

Esta atmósfera de incertidumbre intelectual y desazón social y moral prevalecía en los países latinoamericanos en 1957-1958. La ambición de los imperios del Viejo Continente había destruido con sus guerras sus propias filosofías. El delirio de poder y dominio sobre el mundo desbocó los propios fueros de la mente occidental originando nuevos imperialismos. Hacia la mi-

tad del siglo xx, los pensadores europeos que se daban a la tarea de recuperar su tradición filosófica solo podían recoger restos de sus sistemas obsoletos, pero sobre todo inservibles para ellos mismos, en historias de la filosofía, o abrir discusiones analíticas sobre métodos e instrumentos del pensar como el lenguaje; algunos pocos todavía creían en metafísicas, mientras los más audaces intentaban crear una filosofía que se pareciera a las ciencias.

### Martí: pensamiento socialista, democrático y ético

Desde la perspectiva de ese tiempo, Picón Salas es uno de los pensadores de su generación que con mayor talento ha denunciado y analizado el panorama de la cultura y las ideas en Hispanoamérica de la primera mitad del siglo xx. Recordando las lecturas de su juventud, en el mismo libro de 1959, escribe con respeto pero con clara verdad: «Nunca Rubén Darío era más “colonial”, más hispanoamericano, que cuando pretendía ser más parisiense y cosmopolita».<sup>36</sup> Profundo conocedor del modernismo, este venezolano sabía que

los grandes escritores del modernismo conocieron otra época distinta y se alimentaron de fábulas y mitos que ya no serían los nuestros. Encarnaron una aventura muy personal del arte saliendo a buscarlo –argonautas enfebrecidos– más allá de su frontera americana de selvas, montañas y cruel soledad. Habían perdido la esperanza en sus pueblos [...] y preferían desterrarse en un mundo artificioso donde la retórica o la contemplación estética del pasado los alejase de la realidad.<sup>37</sup>

La pérdida de la esperanza en un orden de igualdad social y de justicia había arrojado a los mejores escritores hispanoamericanos fuera de sus propios países;

35 *Ibíd.*, p. 39.

36 *Ibíd.*, p. 35.

37 *Ibíd.*, p. 37.

de nada les había servido lograr cambios fundamentales en la literatura y en la lengua castellana porque los cambios sociales que esperaban para superar aquellas modalidades crueles de existencia excedían los límites del arte y la literatura, y solo podía darlos la Revolución. Esa pretensión de ignorar que se podía tener esperanza en un orden social menos cruel que los modernistas de finales del siglo XIX cultivaron, fue asumida por la mayoría de los vanguardistas que irrumpen en los años de 1920, y transmitida como herencia intelectual a los escritores de la generación de Picón Salas, cuyas mentes más preclaras se niegan a aceptarla. Interrumpir el cosmopolitismo cultural era un modo de recuperar los caminos a la Revolución y al cambio social. Y aun de ese mismo gesto cosmopolita el pensador venezolano extrae una lección, porque en el movimiento modernista estaba presente, contrastando con los demás, como excepción única, el mensaje y la lucha del revolucionario José Martí: «En vano un José Martí, el alma más pura y ardorosa que viviera en Hispanoamérica en la época de nuestros padres, se había sacrificado, caballero en su caballo blanco, por un orden moral y una justicia que aún no nacían en nuestras acongojadas naciones».<sup>38</sup>

El pensamiento y el ejercicio del combate de Martí, por un orden moral y justo en las sociedades latinoamericanas, permitía a Picón Salas fundamentar en 1959 juicios nuevos respecto a los grandes escritores del modernismo y a la cultura que habían desplegado en su exilio voluntario e «irresponsabilidad moral, carente de sanciones», aunque no dejaba de comprender que esa falta de obligación cívica se explicaba por las condiciones sociales derivadas de la corrupción política de sus países, vicio cuyo origen estaba en las operaciones renovadas de los imperialismos político-económicos surgidos desde la segunda mitad del siglo XIX. El capitalismo conseguía mediante dádivas la alianza de los caudillos latinoamericanos. Los efectos sociales de esa alianza pronto se hicieron sentir y muchos de los intelectuales se dieron a una fuga imaginaria o real:

38 *Ibíd.*, p. 37.

La mayor parte de ellos, sintiendo acaso la fealdad o la imposibilidad de existir en sociedades advenedizas o semibárbaras, preferían evocar los cuadros, las estatuas, el refinamiento de la lejana vida europea. ¿Qué iban a hacer entre tiranos, verdugos y plebe analfabeta, estos grupos de platónicos? Huían de sus ciudades de techos bajos, de adobe sin nobleza, de gallinazos que velan sobre los tejados y los campos desiertos la hora de la carroña; huían de las cárceles de Caracas o de Guatemala; de Estrada Cabrera o Cipriano Castro a forjarse sus Florencias y Romas ideales. Se exilaban voluntariamente en la irresponsabilidad moral, carente de sanciones. Nos decían a los jóvenes (yo todavía los alcancé a oír) que no había llegado, y que acaso no llegaría nunca, la auténtica hora de la cultura.<sup>39</sup>

Picón Salas señalaba que el pensamiento y el arte latinoamericanos no podían estar desligados de una responsabilidad moral o conciencia colectiva de identidad e historicidad. Las manifestaciones esteticistas y cosmopolitas no escondían un individualismo y una voluntaria dimisión o apartamiento de la realidad propia a la que despreciaban, y por la que no mostraban interés por cambiar. «Las más bellas páginas de nuestra Literatura de entonces contenían, de cierto modo, la renuncia de su destino histórico», escribe, aunque también reconoce y reitera que su «excepcionalidad y rareza ante lo tosco y mediocre del ambiente hacían que alegaran un fuero de aristocracia estética o de inmoralismo. Podrían defenderse diciendo que no eran más inmorales que los tiranos y verdugos suramericanos del siglo XIX, pero sí más elegantes».<sup>40</sup>

La ausencia de responsabilidad moral, o renuncia al destino histórico de los escritores de finales del siglo XIX se había impuesto como tradición aparente, que después era percibida por jóvenes lectores inteligentes, con la responsabilidad de no retomarla o continuarla. Esos textos no eran portadores de una tradición propia, sino una copia de la experiencia europea, aunque

39 *Ibíd.*, p. 37.

40 *Ibíd.*, p. 38.

reelaborada en un refinado cosmopolitismo del que carecían las literaturas nacionales europeas. Porque el latinoamericano, lector sin prejuicios, está genuinamente interesado en el conocimiento de otras culturas, porque en los orígenes de la suya están concertadas habi- tudes aborígenes y europeas, concertación y funda- ción de su propia diferencia. El escritor venezolano lo testimonia en otro libro:

Cualquier hispanoamericano (valga mi modesto tes- timonio) se sentía en la Europa de antes de la catás- trofe con una actitud más cosmopolita, más libre y desprejuiciada ante las culturas extrañas, que los na- cionales de los grandes países europeos quienes exaltaban lo alemán para negar lo francés o lo inglés y viceversa. A través de los libros que estudiába- mos, debíamos realizar la conciliación en nosotros, de esas grandes culturas en perpetua polémica. [...] Ningún prejuicio nos inhibía como al francés de leer el libro alemán, o al contrario.<sup>41</sup>

Esa lectura libre y desprejuiciada, sin duda, originó el cosmopolitismo hispanoamericano. Bien declaraba Rubén Darío en su «Divagación» (poema escrito en 1894 e incluido en *Prosas profanas y otros poemas* [1896]) que amaba «más que la Grecia de los griegos / la Grecia de la Francia», esto es, una Grecia que era más de sí por ser francesa, o una Francia que excedía a sí misma por ser griega; del mismo modo como invitaba a su amada «cosmopolita, / universal, inmensa, única, sola / y todas», a gozar un «amor alemán» «—que no han sentido / jamás los alemanes». Ese cosmopolitismo de los escritores modernistas, concluiría provocando una gra- ve crisis cultural en la primera generación de intelectua- les nacidos en el siglo xx, la de Picón Salas: «Seríamos, quienes estudiábamos nuestro bachillerato y deseábamos ya ser escritores al final de la primera guerra europea, los primeros golpeados de esa tormenta moral».<sup>42</sup>

De ahí que en sus escritos de hombre maduro, de 1957 y 1958, en contraste con la ausencia de moral modernista, hubiera señalado el caso excepcional del único modernista hispanoamericano que se había sa- crificado «por un orden moral y una justicia que aún no nacían en nuestras acongojadas naciones», José Martí, cuya herencia no fue solo intelectual pues había sacrificado su vida por la Revolución de su tierra natal, con el pensamiento puesto en «nuestra América».

Martí, ciertamente, no solo era un modelo moral de escritor y pensador, sino un héroe comprometido con la libertad e independencia de su país y de la América Latina. A principios de la década de 1950, Picón Salas había escrito un ensayo en que señalaba la dimensión socialista y ética de la obra y el pensamiento del ilustre cubano: «Si Martí es no solo paradigma de la más noble humanidad que haya producido la América española, sino hombre-problema en sí mismo, es porque en las coordenadas de su espíritu se cruzaban lo heroico y lo estético».<sup>43</sup> La dimensión extraordinaria del escritor y héroe cubano le hacía escribir al venezolano: «Ser místico en una edad positivista, y sin negar, tampoco, las razones pragmáticas de la época es una de las tantas sorpresas martianas». Y agregaba:

Al pensar en el drama de su vida en que se equili- bran maravillosamente el sacrificio, la inteligencia y la ternura, lo he llamado alguna vez «místico en New York», que es uno de los sitios del mundo en que parece menos explicable el misticismo. Y místico con blusa de obrero, con cotidiana y casi mecaniza- da obligación de trabajador de cuello blanco, místi- co que marcha a su trabajo en el ferrocarril subte- rráneo y es apretujado y aventado —él aparentemente tan pálido y tan endeble— por la multitud Moloch que pugna por el empleo, el dinero, la comida y el sexo.<sup>44</sup>

41 Picón Salas: *Europa-América. Preguntas a la Esfinge de la Cultura*, México, Cuadernos Americanos, 1947, p. 214.

42 Picón Salas: Ob. cit. (en n. 1), p. 38.

43 «Arte y virtud en José Martí», publicado en ob. cit. (en n. 8), p. 186.

44 *Ibíd.*, p. 187.

Ese misticismo de Martí era explicado en términos muy pragmáticos:

este místico [...], perdido en una época materialista, es el primer gran escritor de nuestra lengua que se acerca en las dos últimas décadas del siglo XIX a definir todo el horror del gran capitalismo tentacular: a esclarecer con suma perspicacia la colisión del nuevo impacto imperialista sobre los países hispano-americanos. Así, en su espíritu –como en el de muy pocos artistas–, se integraba toda la contradictoria variedad de lo humano.<sup>45</sup>

Resulta obvio decir que el pensamiento y la formación literaria del escritor venezolano eran producto de sus lecturas. Lo que no es muy obvio es su discernimiento desde muy joven ante esas lecturas. Realizadas en pleno período vanguardista de la historiografía hispanoamericana, que había recogido el cosmopolitismo heredado de los modernistas y llevado a extremos absurdos a través del juego intrascendente de ideas disruptas y enunciados inacabados, esas lecturas le permitieron reconocer en la década de 1930 manifestaciones colonialistas en la literatura y el pensamiento hispanoamericanos. De ahí que insistió hasta sus años de madurez en la necesidad de la descolonización intelectual, que debiera empezar asumiendo la conciencia de la propia Historia regional. Asumir esa conciencia propia no debía ser la mera recuperación de crónicas de sucesos, sino asumir un conjunto definido de ideas, una ideología extraída de esa Historia: un pensamiento socialista latinoamericano consecuente con la filosofía que ya había sido iniciada por José Martí:

el primero gran escritor de Hispano-América que define la nueva voluntad que impondrá a la Historia la idea socialista. Superando el particularismo provincial de las letras hispano-americanas en el siglo XIX, este cubano transido es el mejor y desvelado vigía

45 *Ibíd.*, p. 187.

46 *Ibíd.*, p. 188.

de las nuevas formas históricas que ya afloran en el horizonte.<sup>46</sup>

Para definir esa nueva forma de historia por la que debe conducirse el pensamiento hispanoamericano, Martí no había acudido a las corrientes del pensar occidental, sino a la observación de la propia realidad continental y la reflexión pragmática sobre la propia sociedad latinoamericana y también sobre la sociedad angloamericana, que como vecina hacía ostentación de su democracia. Muy pocos observadores, de generaciones anteriores, habían realizado esa tarea que Picón Salas reconoce y elogia. José Martí, escribe:

es el ingenio latino que penetra con más sagacidad en el turbulento problema de la democracia y la plutocracia yanqui, y al comentar en su brillante periodismo toda la vida de la época: movimiento obrero, crisis política estadounidense en los días de Grant, primera conferencia panamericana o nueva visión de la realidad en la pintura impresionista, toca ya las estructuras de la Historia venidera. Ninguno de los escritores de su generación fué más contemporáneo y a la vez más profético.<sup>47</sup>

En otra referencia posterior a esta tarea de Martí, «quien conocía de los Estados Unidos todo lo bueno y todo lo malo», si bien denunciaba «la codicia agresora, [...] también sabía mostrarnos la otra América de Emerson, Lincoln o Whitman» de los Estados Unidos de entonces; y siendo «el último libertador latinoamericano» enseñaba «la lección de ascenso democrático, de esfuerzo creador, de educación para todos [...]».<sup>48</sup>

Desde principios de la década de 1950, Picón Salas señalaba el carácter «contemporáneo» y «profético» de la obra de José Martí, pero sobre todo una perspectiva definida de lectura y estudio de su pensamiento socialista, democrático y ético.

47 *Ibíd.*, pp. 188-189.

48 Picón Salas: *Los malos salvajes. Civilización y política contemporáneas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1962, p. 102.

## Revolución, historia y filosofía

En enero de 1950, Picón Salas asistía en México al Congreso Internacional de Filosofía, en la Universidad Nacional Autónoma, en calidad de comentarista de las ponencias presentadas en la sesión dedicada a la filosofía americana. La reacción irónica de algunos participantes anglo-europeos sobre la posibilidad de una filosofía americana constituyó el punto de partida para su exposición. Inició su respuesta con las siguientes afirmaciones:

La circunstancia de que en este coloquio de filósofos al que asisto como modesto comentarista de hechos de la Cultura, se inquiera si «existe la posibilidad de una Filosofía americana» parece trasladar la cuestión al tiempo futuro, como si nuestro Continente aún no tuviese pretérito y viviera envuelto en esa imprecisa niebla de ahistoricidad de la que habló Hegel. Pero cuando Hegel nos emplazaba a tan imprevisible cita en el porvenir y decía que no se ocupaba de nosotros porque no era profeta sino filósofo, aún estábamos asidos a Europa como lejanos apéndices coloniales y acaso no pudo advertir, por falta de perspectiva, que para la Historia mundial la independencia de América era tal vez más importante que el unitario fortalecimiento de su Estado prusiano.<sup>49</sup>

Ciertamente, desde el siglo xvi, los filósofos y políticos europeos, en su mayoría, no pudieron entender que su conocimiento de América había modificado fundamentalmente la información sobre el mundo de que disponían hasta entonces, así como nunca llegaron a comprender, a causa de sus dogmas y prejuicios, las concepciones morales de los pueblos americanos. Aún en el siglo xix Hegel desconocía que aquellos pueblos

tenían siglos de Historia, y que cuando él escribía sus «lecciones de filosofía de la historia universal» la mayoría de ellos ya había ingresado a una nueva etapa de su historia con el rechazo de la colonización europea. El proceso ideológico de los pueblos latinoamericanos debía tener más importancia para la «historia universal» de Hegel, pero lo desconoció. Sin embargo, para la historia universal que escribía, y en clara demostración de sus prejuicios, su «mundo germánico» era equiparable al «mundo griego» o a todo el «mundo oriental».<sup>50</sup>

En su intervención de 1950, Picón Salas reafirmaba que la filosofía hispanoamericana tendría que originarse en la reflexión de su pasado. La conciencia regional se ubicaba ante su Historia para realizar su pensar, que ya había sido iniciado a finales del siglo xviii en la búsqueda y la lucha por la Independencia. Además, añadía que a un siglo de las afirmaciones de Hegel, cuando los países europeos pugnaban por salir de la crisis moral y racional en la que habían caído a causa de sus guerras, esa crisis demostraba «la ineficacia de su Filosofía», lo cual «nos obliga a una mayor concentración del espíritu americano y nos otorga el derecho de mirar los problemas desde nuestra propia situación vital».<sup>51</sup>

Sin embargo, Picón Salas prevenía del absurdo de creer que la América Latina podría iniciar su filosofía sobre la tabla rasa del rechazo de la filosofía. Advertía:

No es que América pretenda una tipicidad humana, orgullosa o vanidosamente opuesta a la del europeo, ni que incurramos en aquellos romanticismos y mesianismos étnicos y nacionales a que no fuera inmune el propio Hegel. Se trata sólo de saber si la presencia del hombre en este continente donde se produjo un choque y conciliación de razas y pueblos ante el cual parecen pequeñas y provinciales las experiencias de la historia clásica, no provocó y está provocando una

49 Este comentario fue publicado inmediatamente en *Cuadernos Americanos*, 2/50, marzo-abril de 1950, pp. 156-162, con el título «Aventura de las ideas en América», del que cito, p. 156. Después fue republicado en su libro citado en nota 19: *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana* (1952).

50 Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831): *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte* (1833-1836). Versión castellana: *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, prólogo de José Ortega y Gasset, advertencia y versión de José Gaos, Madrid, Alianza, 1980.

51 «Aventura de las ideas en América», ob. cit. en n. 49, p. 156.

problemática; nuevas interrogantes y situaciones que pueden preocupar al filósofo.<sup>52</sup>

Lo que postulaba era la validez de un pensamiento americano arraigado en su temporalidad histórica y su moral práctica. Señalaba además líneas precisas de reflexión:

Cómo se han desarrollado las ideas en América; sobre qué grandes temas se cargó el acento de nuestra perplejidad, qué orientación en el hacer ha determinado el estilo de vida americano, me parecen motivos dignos de planteamiento filosófico. Y si por un ambicioso anhelo de intemporalidad nuestros pensadores no quisieran verlos o esclarecerlos, justificarían aquella popular caricatura del filósofo a quien se le quemó la casa mientras él permanecía ensimismado.<sup>53</sup>

Asimismo mostraba las etapas por las que habían atravesado ya las ideas en el pensar de la región, a partir de las tendencias escolásticas que habían traído las invasiones europeas en el siglo xvi. Reafirmaba el sentido temporal e historicista de la evolución de esas ideas en América según el curso de sus acontecimientos históricos. Ya existía una historia de las ideas en la obra de un núcleo importante de escritores hispanoamericanos:

A una cultura de monjes y cortesanos doctores, carente de sentido histórico como fue en gran parte la de la época colonial, debían oponer ellos otra endilgada hacia el pueblo en que el hombre americano configurara su apetencia de libertad. Este es el valor ejemplar de la obra de Bello, de Varela, de Luz y Caballero, de Hostos, de Varona, cuya eficacia no puede negarse porque hoy pidamos mayor rigor técnico y más especialización a los estudios de Filosofía. Que por el apremio de su circunstancia histórica no pudiesen ofrecernos sistemas tan cerrados y

coherentes al estilo europeo, no significa que no existiese pensamiento filosófico. ¿Con qué otra cosa argumentaba América su derecho a la insurgencia política contra sus viejas metrópolis y trataba de organizarse bajo nuevos módulos?»<sup>54</sup>

Los países hispanoamericanos debían cumplir previamente tareas muy prácticas como la culminación de su Independencia según las condiciones propias del siglo xx para lograr los cambios sociales indispensables. La circunstancia histórica apremiaba también al cambio de conciencia; se debía asimilar el atributo de ser colonizado para superar la dependencia social, económica y cultural. Después podría dedicarse a organizar los métodos mentales para filosofar. Continuaba su exposición en el congreso de 1950:

Pero creo que después de esta «praxis» inicial y necesaria, también llegaremos en un proceso histórico normal a la más libre altitud metafísica. Vale la pena pensar si el problema de la negación del pasado para fundar nuevos métodos mentales y elaborar lo que historicistamente llamamos la Filosofía americana, no ha sido más agudo y violento en Hispanoamérica que en los Estados Unidos. Al emanciparse de su metrópoli, los anglo-americanos heredaron los métodos del pensamiento inglés plenamente impregnados ya de la ciencia natural y del experimentalismo moderno, mientras que nosotros debíamos conquistar horizontes culturales que nos fueron prohibidos».<sup>55</sup>

Precisamente por el carácter dramático del acontecer desde el siglo xvi, y la herencia moral derivada de esa historia, el hombre de esta región no podía prescindir de la Revolución:

Esta palabra que parece tan peligrosa, descortés y chocante a nuestros vecinos del Norte es bastante usual entre hispanoamericanos. Por su frecuente

52 *Ibíd.*, p. 156.

53 *Idem.*

54 *Ibíd.*, p. 160.

55 *Idem.*



empleo casi no nos asusta, y hasta pensamos que antes que se realice esa síntesis, ese convivio e integración de filosofías y humanidades escindidas [...] habrán ocurrido en más de un país hispanoamericano otras y numerosas revoluciones.<sup>56</sup>

Así también Picón Salas señalaba la contingencia de la Filosofía ante la Revolución. Podrán faltar filosofías, pero ocurrirán revoluciones. La misma Historia latinoamericana demuestra que el cambio social a través de la Revolución, intentado en múltiples momentos, es una prioridad. Además, la filosofía en la América Latina necesita un espacio de justicia y equidad para realizarse con libertad y con metas propias, desde una conciencia con identidad e Historia: «No es secreto para nadie que muchos de estos pueblos no podrán seguir bajo su desnivelada estructura social, y pensadores y filósofos deberán atender a reclamos cada vez más patéticos de la coyuntura histórica».<sup>57</sup>

Claro está. No era válido en esas circunstancias repetir los caminos de la filosofía europea, ineficaz para resolver sus propios problemas sociales. O entretenerse en la ontología metafísica e intemporal del ser. O dar un salto imposible de la explotación y el despojo a un pensar clásico. Era más válido responder en qué consiste ser en una sociedad precaria. O en qué consiste ser en la explotación y el despojo por obra de otro ser. O pensar, acaso, en la moral de las naciones que alcanzaron la opulencia por la iniquidad y expoliación de otras naciones que buscaban su libertad y desarrollo.

56 *Ibíd.*, p. 161.

57 *Idem.*

## Conclusión

Tal era el panorama al cual la reflexión de Picón Salas se enfrentaba en las vísperas de 1959. El testimonio de este escritor permite reconocer que pensar en la necesidad de la Revolución para lograr el cambio social, liquidar «el pasado de mentiras», e imponer la verdad, no es solo necesidad social sino categoría del pensamiento y de la Historia en la América Latina. Más aún, la Revolución, por haber estado presente en la historia del pensamiento latinoamericano como proyecto, expectativa y esperanza, tiene también lugar preeminente en la Historia continental, desde las invasiones europeas, pero de modo sobresaliente desde la segunda mitad del siglo XVIII, es decir, cuando se empezaron a crear los métodos mentales y a planificar racionalmente la Independencia. Sin embargo, para el pensador venezolano que reflexiona en 1959, la Revolución permanecía frustrada ciento cincuenta años. Pensar este hecho confería cierto tono de desencanto a su reflexión, que ya se pudo advertir en sus ensayos de los años iniciales de 1950. En 1952 había escrito: «¡Qué contemporánea resulta esta historia de los pueblos débiles y pequeños en busca de su libertad y las grandes naciones tratando de limitársela y condicionarla!».<sup>58</sup>

En los albores del siglo XXI, la Revolución permanece patente en la Historia latinoamericana. Y cuando la Revolución Cubana cumple cincuenta años, el capítulo de la Independencia de las demás naciones permanece todavía inconcluso, ante la expectativa social que ya cuenta doscientos años. **C**

58 *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*, ob. cit. en n. 19, p. 161.